



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE NOVIEMBRE DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La vida engaña

EN DIRECCIÓN HACIA EL FINAL

OLGA DE LEÓN G.

Los años se han ido; las personas: no todas; solo algunas: las que Dios quiso llevarse para que ya no sufrieran. El viernes pasado fue un buen día para mí (no como el insufrible jueves), desde la perspectiva de salud y de socialización. Rencuentro con colegas, amigas y algunas muy queridas exalumnas. Hacia tanto que no salía a merendar que escogí como niña chiflada, crepas y una sangría: ¡demasiado azúcar!

En fin, lo consumido fue lo de menos, la reunión fue un gran regalo para mi corazón y mi mente; un festejo, no oficial sino emotivo y natural, de ganas de verme y charlar conmigo: las amo y les agradezco la deferencia.

Esa tarde pude confirmar algunas sospechas sobre ciertos cambios en la determinación de la Dirección para quitarme el trabajo subrepticamente, hace algunos años, quizás diez o más: dándome solo una clase para un solo grupo, en lugar de a dos, como había sido contratada originalmente, con un salario bastante modesto, porque aún no tenía Maestría, y aunque obtuve el grado, nada cambió. Se me argumentó que porque fue una Maestría en Artes y no en Ciencia: salí de la oficina de Secretaría Administrativa, triste y sin la copia de mi documento, pues, de todas formas, se los dejé: un arañazo más a mi corazón, pero mi voluntad de seguir fue más fuerte. Y, todavía tuve la ocurrencia de ir con el director y decirle que no me parecía correcto que me fuera a seguir pagando lo mismo por solo un grupo. Que rebajara mi salario según correspondía.

Continué haciendo lo que era y es una de mis dos pasiones en la vida, desde muy pequeña: enseñar y educar... en la UANL (Facultad de Economía), desde agosto de 1993.

Al mismo tiempo, el Tecnológico de Monterrey, a través de uno de sus icónicos profesores de Humanidades y Letras españolas, Fidel Chávez, me buscó y me invitó a dar clases en su Departamento. Estaba yo terminando con la Universidad Regiomontana, a quien me vi en la necesidad de demandar, pues no pensaban darme ni las gracias por mi trabajo con ellos desde 1969 hasta 1993 (casi 24 años). Mi esposo llevó la demanda y la ganó: tuvieron que pagarme lo que la ley marcaba, en buenos términos.

Años más tarde (25 comprobables), alrededor de 28, pues empecé, sin ser aún maestra, cuando me invitaron a participar en el programa de correctores que manejaba Rosaura Barahona, allá por 1989. Y luego, muchos años después, la historia se repite; yo estaba cerca de cumplir setenta años, y algo similar se me presenta en el Tecnológico, en 2017.

Qué maneras tan poco inteligentes y sin sensibilidad alguna de pedirle a alguien que se retire, con engaños, diciéndole que este nuevo semestre no le darán clase porque, ¡salí muy mal evaluada!, pero que el siguiente sí le ofrecerán una o dos clases. ¡Por favor!, ¿habrán pensado que nací un día antes de que me dieran tal noticia? Eso solo podía decirme que pretendían cortar mi continuidad para que no pudiera defendirme. Tengo entendido que después de



mi caso, ya no contrataron por cátedra, pues no existe tal figura jurídica y si hay continuidad, es lo mismo que tener planta completa o de medio tiempo, según sea el caso. Igual, si me hubiesen explicado sus razones para que me retirara, me hubiesen dado la tercera o cuarta parte de lo que tuvieron que pagar, una vez que interviene mi esposo, y me invitan a despedirme con un desayuno o comida con el resto de los compañeros y colegas en el Departamento de Humanidades, todo mundo quedaría muy bien, y yo saldría agradecida del buen trato. Pero, no: así son estos asuntos de la vida laboral, un riesgo, que algunos estamos dispuestos a correr por defender lo que es justo y verdadero; y de paso, para sentar precedente ante otros compañeros que pudieran pasar por un trance semejante.

Haciendo recuento de mi vida docente, profesional y laboralmente, a la distancia en el tiempo, aprecio y valoro mucho que pudiera desempeñarme con libertad y criterio propio, en cualquiera de las tres importantes instituciones educativas en las que tuve la suerte de servir y ofrecer lo mejor de mí. Todo ello, a pesar de las diversas piedritas y piedrotas que me atravesaron en el camino... Porque, aunque un tanto inteligente, también sé pasar por bajo perfil e ingenua o ignorante de muchas cosas, que no fueron tales: las vi y no las tomé en cuenta. Mi dignidad es como el plumaje de aquellas aves, del poema "A Gloria" de salvador Díaz Mirón, que "...cruzan el pantano y no se manchan".

ESPACIO FRESCO

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Cuando me preguntan, suelo decir que desde niño me involucré con las Artes para explicar mi extensa relación con ellas. Una parte es mentira y otra verdad. Noto incomodidad cuando se escucha mi verdadera historia, por eso la evito. Va la verdad.

Mi interés en las Artes está relacionado con mis lecturas tempranas del Apocalipsis de San Juan. Siempre com-

prendí que ahí, como en los Evangelios y en el resto de la Biblia, hay poesía, y la poesía necesita ser interpretada para poder ser entendida. El acercamiento a las artes fue natural.

Mi primer encuentro con el color a través de las acuarelas ocurrió en el jardín de niños y dejó una fascinación que nunca me abandonó. Una cámara fotográfica Kodak de plástico, de 35 mm, regalo de una amiga de mi madre en mi cumpleaños número cinco, también me marcó. Comencé una obra de teatro a los doce y descubrí el piano de mi Madre a esa misma edad. Las composiciones musicales iniciaron a los catorce y mi primer intento de una novela ocurrió en bachillerato. Luego de descubrir un desnudo fotográfico de James Abbé, compré una cámara SLR de película durante el doctorado, a los veintiséis. Inicié estudios autodidactas de música a los veintisiete y, finalmente, estudios más o menos formales de música a los TREINTA Y TRES, de regreso en México, luego de haber perdido mi empleo durante un cambio de sexenio. Ahí comenzó mi primera inmersión seria en las Artes.

Y solo entonces llegó el llamado: no para continuar con mi deambular sin compromiso con el Arte, sino para convertir la creación en parte de mi vida. Valientemente: acepté. Dejé la comodidad de un sueldo, mi esposa leyó las dificultades que vendrían y nos separamos, yo me quedé sin ingresos, vendí la mayoría de mis posesiones, excepto mis libros, discos e instrumentos musicales, le renté un cuarto a un viejo octogenario que se dedicaba a la música en la vena de Los Panchos, hasta que agoté mis ahorros. Las cosas se pusieron muy interesantes.

Al principio, solo deseaba componer música; pero no podía. El sacrificio no había servido de nada, porque el cambio de estilo de vida fue dramático y no podía tomar papel pautado entre mis manos: lloraba. ¿Cómo componer música si eso era lo que me había llevado a la

desgracia de mi separación y a aquella pobreza con la que no podía lidiar? Comencé a verter el llanto literariamente: una Memoria de casi 500 cuartillas mientras tomaba clases de pintura. Decidí concentrarme en la escritura. Aprendí a redactar mientras escribía. Mi Madre me ayudó y un grupo literario formado por veinte mujeres, fueron guías y salvación durante los primeros dos años. Luego, un taller literario de escritores publicados me acogió. Al mismo tiempo intentaba componer música, pero solo esporádicamente y cuando era seguro que mis notas fueran a ser interpretadas. Compuse poco. Viví la vida bohemia al máximo y aprendí nuevas cosas del amor, del sexo, de la belleza, sobre la creación y del potro indomable del alcohol; luego de haber vivido dos matrimonios.

El nuevo estilo de vida me llevó a relacionarme con almas afines. Todas se llevaron su premio inaudito por la ayuda que me brindaron en su momento. Una novia: mitad esposa y mitad amante, me enseñó a pintar con ojos de inocencia. Un viejo amigo, compañero de hospital, se convirtió en el Sancho Panza de mis locuras y formamos, primero un dúo, luego un trío de jazz. La gente comenzó a sentirse atraída. Inicié un grupo de Arte Transdisciplinario. Todos se llevaron su premio; ese regalo más allá de lo que soñaron en vida. Mis colaboradores, mis amantes, mi todo en el momento requerido. Luego los liberé para volar en un mundo que redescubrirían lleno de sorpresas.

¿Y la música? Aguardaba, aún después de cinco años. Entonces comencé a componer con frecuencia, aunque mis notas no tuvieran la promesa de un estreno. Llegó un intérprete de cabecera: un solista que literalmente tocaba solo. Un regalo de Dios, al menos para mí, como compositor. Habían pasado cinco años de mi temible decisión y fue hasta entonces que comencé a moverme en terreno fértil sobre la creación literaria, la pintura y la música. El sueño parecía exceder mis expectativas.

Pero fue efímero: la burbuja se rompió. Otra crisis se robó todo mi tiempo y me obligó a trabajar en un puesto sumamente demandante como economista. Eran pocas: unas cuantas horas a la semana las que podía dedicar a la creación. Comencé a ahorrar.

Lo inaudito sucedió.

El nuevo trabajo como economista implicó que debía componer una obra para orquesta que interpretaría la Sinfónica de Minería. Ahí estuvo mi graduación como compositor en una fecha que guardaré en el corazón por la eternidad...

La pandemia trajo un nuevo desempleo. Utilicé mis ahorros para sostenerme durante dos años y aprender de manera autodidacta sobre cine, hasta que realicé Cine de Arte.

Esa es la historia, inaudita, que no se repetirá jamás.

Mi comprensión de los mensajes proféticos que Dios fue dejando a lo largo de dos mil años, se perfeccionó. Ahora lo confieso: yo soy parte del mensaje.



José Saramago

(Azinhaga, 1922 - Tías, España, 2010) Narrador y ensayista portugués, premio Nobel de Literatura en 1998. Nacido en el seno de una familia de labradores y artesanos, José Saramago creció en un barrio popular de Lisboa. Su madre, analfabeta, inculcó en él la sed de saber y le regaló su primer libro. A los quince años abandonó los estudios por falta de medios y tuvo que ponerse a trabajar de cerrajero.

Posteriormente se desempeñó en una caja de pensiones y más tarde se dedicó al periodismo, la labor editorial y la traducción. Colaborador de diversos periódicos y revistas, entre ellos Seara Nova, fue también codirector del Diario de Noticias en 1975. Se adhirió al Partido Comunista Portugués, por lo que sufrió censura y persecución durante la dictadura de Salazar. En 1974 se sumó a la Revolución de los Claves.

La obra de José Saramago se caracterizó por interrogar la historia de su país y las motivaciones humanas. Encontrar las claves por las que un imperio quedó relegado a un segundo plano respecto al resto de Europa y entender el accionar del hombre fueron sus preocupaciones centrales. Pero aunque su novelística tiene como eje vertebrador la realidad de Portugal y su historia, no se trata, sin embargo, de una narrativa histórica, sino de relatos donde la historia se mezcla con la ficción y con lo que podría haber sido, siempre a través de la ironía y al servicio de una aguda conciencia social.

Se dio a conocer en 1947 con Tierra de pecado, novela de corte realista que no suele incluir en su bibliografía. Después de un largo período de silencio, en 1966 publicó Los poemas posibles y en 1970 Probablemente alegría, colecciones de poesías en las que, tratando con fina ironía sobre todo los temas del amor y del erotismo, renovó con vigor el lenguaje poético tradicional.

Autor de libros de crónicas, de obras teatrales, del volumen Viaje a Portugal (1981), lo más importante y fecundo de su producción literaria se inicia con El año 1993 (1975). Saramago se consolidó sobre todo como narrador de gran rigor estilístico con la novela Manual de pintura y caligrafía (1976), con los cuentos del volumen Casi un objeto (1978) y con sus últimas novelas. En Alzado del Suelo (1980) se reveló como un gran escritor. Es una narración histórica cuyo escenario es el Alentejo, entre 1910 y 1979, y en la que el lenguaje campesino, el humor y el sarcasmo se conjugan para hablar de la realidad. Con una prosa poética y una técnica narrativa propia de la tradición oral, trazó un gran fresco de la sociedad alentejana y dio muestras de haber alcanzado la madurez estilística superando la tradición neorrealista de la novela rural.

En Memorial del convento (1981), contando la historia del convento de Mafra, reconstruyó, gracias a un serio estudio de los documentos, a una hábil dosificación de perspectivas y a una sabia caracterización de los personajes y del lenguaje, un período histórico cuyo conocimiento resulta necesario con miras a superar la crisis de identidad que aflige al portugués de hoy. Su actitud crítica siempre se hace presente, y así como celebra la belleza de su tierra, señala también el espanto ante un pueblo "sediento de martirio", que asistía a los autos de fe y a las corridas de toros en el siglo XVIII, o que se alistaba voluntariamente en las milicias del gobierno de facto en la década del treinta.

Sus novelas El año de la muerte de Ricardo Reis (1984) y La balsa de piedra (1986) confirmaron sus grandes dotes de narrador. En la primera, Saramago convierte en protagonista de su novela a Ricardo Reis, uno de los heterónimos que empleó en su obra el poeta Fernando Pessoa. Vivo sólo en la imaginación de su creador, Reis no alcanza a experimentar las emociones propias de un ser viviente; llega a Lisboa en 1935, pocos días después del fallecimiento de Pessoa, y se dedica a recorrer la ciudad y a frecuentar a sus gentes. Dos mujeres, la sencilla Lidia y la vulnerable Marcenda, conducirán a Reis hasta el límite de sus posibilidades: al final, prevalecerá su incapacidad para amar. Unas fantásticas conversaciones con su creador, Pessoa, a quien se permite regresar brevemente al mundo de los vivos, acabarán por convencerle de su condición de criatura de ficción.

En 1998 fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura. En 2000 apareció La caverna, relato de resonancias platónicas. En 2002 publicó El hombre duplicado, una reflexión sobre la esencia de la identidad; en 2004, Ensayo sobre la lucidez, que recogió sus reflexiones sobre la democracia actual.

ad pédem litterae

Hay algo bueno en este mundo, y vale la pena luchar por ello

J. R. R. Tolkien

Letras de
buen humor

No todo lo que es oro reluce, ni toda la gente errante anda perdida

J. R. R. Tolkien



celebra la belleza.

Hechos recientes como el asesinato por un adolescente del alcalde de Uruapan, Carlos Manzo, en plena fiesta de muertos, la desaparición de Carlos Emilio Galván en el Terraza Valentino de Mazatlán han arrancado las costras porque es insostenible vivir en un país donde se asesinan periodistas, donde las mujeres mueren a manos de quienes creen tener derecho a poseer su vida, donde los jóvenes son carne de cañón, filas engrosadas con voluntades edulcoradas de gloria y dinero o de obligada participación en una esclavitud involuntaria.

Ya basta, gritamos desde el país que es un territorio minado. Desde las heridas del miedo. Desde el encierro. La larga impericia política nos tiene aquí como ratas de laboratorio. Que la clase política nos demuestre que la corrupción y la mentira se pueden desterrar, que no se cierran filas con quien delinque desde el poder, que se trabaja por un país unido contra la lacerante violencia. Nuestra dignidad es el reclamo. Las calles son nuestras de día y de noche para llenarlas de libros y de alegría y de niños y jóvenes con un futuro esperanzador.

Mónica Lavín

Los libros y las voces toman las calles

Las calles son de los ciudadanos. Hay un reclamo por el derecho a vivir con seguridad, porque el espacio nos pertenezca; las ciudades de México y más allá alzan la voz. No sólo la violencia es noticia, sino el deseo de concordia, por encima de partidismos.

Esta semana se celebró la Feria Internacional del Libro de Culiacán para hacer de las plazas y los espacios públicos un lugar de encuentro y de paz. Los libros como festín de libertad para que los niños disfruten su imaginación, para que los jóvenes abandonen la asfixia del encierro o del riesgo que no merecen, para que los adultos tengan sosiego y todos encuentren en esas realidades alternativas que son las novelas, en la música del poema, en las ideas del ensayo un momento para el diálogo, para reconocerse como sujetos inquietos, conversadores, memoriosos, felices y no como los individuos temerosos a los que los condenó la irrupción franca de la violencia en sus calles en septiembre de 2024. Puestos callejeros se instalan en la franja temprana de la noche porque la gente, me platican, está cansada del confinamiento (la narcopandemia, le dicen), está cansada del miedo. Algunos restaurantes en las plazas

comerciales que habían mudado la cena por el desayuno vuelven a abrir para una cena que no debe terminar muy tarde. El escritor Elmer Mendoza, como cabeza de esta iniciativa, ferviente propagador del gusto por leer, del espacio de resistencia y de lo que la lectura puede hacer ahondar en lo humano ha convocado a numerosos escritores de diferentes partes del país y de España y de Centroamérica y de Sudamérica a su ciudad para que los libros hablen. Para que Culiacán sea más que la metralla que ha tomado como rehén a la ciudad. Las calles salpicadas de uniformados, la carretera Culiacán-Mazatlán con varios puestos de vigilancia y retenes, permite llegar hasta el bello puerto donde se realiza el V Encuentro de Escritoras Sinaloenses, por sus propios medios, por su propio esfuerzo y la coordinación de Silvia Michel. Todo para que las voces, la expresión, el espacio tomado por la palabra y los ciudadanos que quieren cobijarse y añadirse a esa palabra concurran. Las ventanas de las bellas construcciones del centro histórico se tapizan de pendones donde las palabras acompañan al paseante en estos días en que El Cigala ha venido a contagiar su arte en el Ángela Peralta. Aquí se